

*M<sup>a</sup> LAURA ESPIDO FREIRE*

*Mileuristas. La generación de las mil emociones*

10 DE ABRIL DE 2008

### **M<sup>a</sup> LAURA ESPIDO FREIRE**

LAURA ESPIDO FREIRE ES UNA DE LAS NARRADORAS Y ENSAYISTAS MÁS PRESTIGIOSAS EN EL PANORAMA ESPAÑOL DE LOS ÚLTIMOS AÑOS. ENTRE SUS NOVELAS, PUEDEN CITARSE: *IRLANDA* (PREMIO MILLEPAGE 1998); *MELOCOTONES HELADOS* (PREMIO PLANETA 1999); *DIABULUS IN MUSICA*; *NOS ESPERA LA NOCHE*; *DONDE SIEMPRE ES OCTUBRE* Y *SORIA MORIA* (PREMIO ATENEO DE SEVILLA 2007). ENTRE SUS ENSAYOS, *PRIMER AMOR*; *CUANDO COMER ES UN INFIERNO*; *QUERIDA JANE*, *QUERIDA CHARLOTTE*; *MILEURISTAS*, *LA GENERACIÓN DE LOS MIL EUROS*; *MILEURISTAS II*, *LA GENERACIÓN DE LAS MIL EMOCIONES*. ES TAMBIÉN AUTORA DE LOS SIGUIENTES VOLÚMENES DE CUENTOS: *EL TIEMPO HUYE* (PREMIO NH); *CUENTOS MALVADOS*; *JUEGOS MÍOS*.



El 21 de agosto de 2005 el diario El País publicaba una carta de una joven publicista catalana de 27 años, Carolina Alguacil: *Soy mileurista*. Pocas veces hemos asistido de una manera tan clara y tajante al nacimiento de un término que definiera y describiera con tanto éxito una generación. La carta de Carolina nacía de la indignación y la vergüenza que había sentido al comparar sus circunstancias con las de sus amigos europeos; inventó el neologismo, y se esmeró en definir quién podía considerarse un *mileurista*.

Carolina indicaba que el *mileurista* era *aquel joven, de 25 a 34 años, licenciado, bien preparado, que habla idiomas, tiene posgrados, másteres y cursillos*. Su experiencia laboral, que al menos se extendía durante tres o cuatro años, se nutría de trabajos no remunerados, contratos temporales y la imposibilidad de cotizar a la Seguridad Social. Su sueldo, sin pagas extras, no superaba los mil euros mensuales.

El *mileurista* no poseía una casa propia, sino compartida. Carecía de coche, hijos, o ahorros. Era urbanita, y destinaba más del tercio de su sueldo al alquiler de su vivienda. Viajaba, conocía, comparaba, y analizaba con impotencia esa vida de estudiante perpetuo. *A veces es divertido, pero ya cansa*, era una frase que golpeaba como un aldabonazo. Ya cansa. Ya no es divertido. Para una generación experta en divertirse, el juego había terminado.

La repercusión de la carta fue inmediata, y su efecto, amplísimo. Muy pronto, esa generación aún sin parámetros propios captaba unas pautas de identidad, o se desmarcaba de ellas, y el término *mileurista* dejó de definir una situación económica para aplicarse a un marco generacional, y, sobre todo, a un modo de enfrentarse a la vida: tras la omnipresente generación del 68, y la muy chillona de los 80, surgían varios millones de jóvenes amparados bajo una etiqueta nueva: y, por oposición a los anteriores, muy dispuestos a rechazar, cuestionar y dejar atrás esa etiqueta.

La definición de Carolina Alguacil, aunque muy precisa, puede admitir algunas matizaciones. Demos por hecho que el *mileurista* es una persona nacida entre 1965 y 1980, si se desea hablar de lustros naturales, o entre 1968 y 1982, si se prefieren las fechas relevantes (mayo del 68 explica la primera, el Mundial de Fútbol del 82, la segunda: una referencia pintoresca, creo yo, pero efectiva).

Demos por hecho que su sueldo ronda los mil euros mensuales, o no llega a ellos. Ha recibido una formación universitaria, o al menos ha gozado de la posibilidad de tenerla, está familiarizado con el ocio y la tecnología propia de su tiempo, afronta una serie de retos determinados por su edad, sus circunstancias económicas y su situación laboral. Ha nacido en una ciudad, o se ha mudado a ella. Presenta una ideología vital que lo diferencia claramente de los grupos nacidos quince años antes, o quince años después. Y convive con compañeros de su misma edad que no comparten en absoluto estas características. Los rasgos del *mileurista* no definen a toda la juventud española, pero sí ayudan a entender y a definir ésta. Es posible encajar en el rango de edad *mileurista* y no serlo, aunque se compartan algunos rasgos: pero no tomaremos en consideración a personas nacidas en otros años, aunque encajen en las características económicas.

Las generaciones precedentes (la del 68, la de los 80) habían recibido distintos nombres: los sesentayochistas fueron *hippies*, *progres*, *babyboomers*. Los ochenteros se definían como *modernos*; cada tribu urbana les legó un nombre. Sin embargo, eran conocidos por la denominación del periodo en el que gozaron de mayor influencia.

Estas etiquetas resultaban ambiguas en cuanto a la pertenencia de edad de sus miembros, porque tomaban como referencia un momento histórico determinado, y los años anteriores y posteriores, e incluía a quienes habían vivido como adultos jóvenes o como niños ese proceso.

Los *mileuristas*, en cambio, no aluden a un hito temporal. Hasta que se inventó el término, se hablaba de la «otra» generación de los 80, la que había nacido durante esos años: o de la generación X, o de los JASP. También se habló de los GP (*Guapos y pobres*) o de la Generación del Milenio. Ninguna de esas etiquetas funcionó de verdad, posiblemente porque ninguna reflejaba una realidad compleja y duradera. «*Mileurista*», en cambio, triunfó porque superponía al concepto de edad una definición económica, inmediata, comprobable.

La generación de los *Baby Boomers* nació entre 1946 y 1964. Eso significa que los mayores entre ellos eran jóvenes alrededor del año 68, y que los más jóvenes llegaron a la adolescencia a lo largo de los años ochenta. Abrumadores en número, agresivos, conscientes por primera vez de su poder, y con un triunfo social a sus espaldas como respaldo ideológico, pasarán a la historia como una generación sorprendentemente opresora, si se tiene en cuenta su origen liberal, tolerante con las drogas, con la sexualidad, los estilos de vida y la liberación de la mujer.

Padres o abuelos de los *mileuristas*, han marcado su modo de vida. Cuando los *mileuristas* nacieron, esa generación se había encargado ya de todo. En España, además, las circunstancias políticas retrasaron la liberación de los 60 hasta finales de los años 70, de manera que un movimiento se solapó con el siguiente. Los *sesentayochistas* determinaron su ética personal. Los *ochenteros*, el modo de divertirse y el modelo económico.

Por desgracia, el sueño finalizó bruscamente. Los *ochenteros*, acuciados por la cultura del pelotazo y el lujo, agotados por la noche y la Movida, tuvieron que enfrentarse a dos crisis distintas: una, sanitaria: el SIDA, que comenzó a atacar a dos colectivos visibles y reivindicados durante esos años: homosexuales y drogadictos. La heroína y la cocaína, asociadas a prácticas sexuales de riesgo, causaron estragos. La segunda crisis fue la económica: el 92, con sus fastos, la celebración centenaria del orgullo español y la nueva visión del Descubrimiento, fue el canto del cisne de esa generación que devoró a sorbos un nivel de vida que terminaría con el despertar del año 93: se imponía una política económica distinta. El Partido Popular tomó el relevo; comenzaba una nueva etapa, y un nuevo modo de ser joven.

Ya no era el tiempo de la revolución ni de la alegría. Durante los años en los que los *mileuristas* nacían, España había caído en la cuenta del peligro real que suponía la crisis del petróleo del año 73: se llegó a ello con retraso, en parte por la negación y la pasividad franquista, incapaz de tomar resoluciones frente al problema energético. El barril de petróleo disparó su precio, y no existían medidas alternativas de energía: las centrales eléctricas se habían quedado anticuadas, y las nucleares encontraban reticencias y rechazos.

La desaceleración del crecimiento económico se percibió bruscamente en España a finales del año 1992. No sólo coincidió con el final de la creación de empleo que habían motivados las celebraciones españolas (Quinto Centenario, Expo, Olimpiadas), sino también con la firma del Tratado de Maastricht, que fijaba las condiciones para la implantación de la moneda común: el euro. Los criterios de convergencia obligaban a reducir el déficit público, la inflación y los intereses, y la economía española acusó el golpe. En los años 90, los *mileuristas* llegaban a la Universidad con la certeza de que no encontrarían trabajo tan fácilmente como sus padres, y con la consigna de apretarse el cinturón.

¿De qué se quejan los *mileuristas*? En general, de todo. ¿Sobre qué opinan los *mileuristas*? En general, sobre todo. Libres del peso de la censura, y con la garantía de la democracia, no se preocupan tanto de crear una opinión como de expresarla. Internet, con sus foros, *blogs*, páginas y *chats*, permite un constante diálogo no siempre constructivo ni edificante. El *mileurista*, desencantado, cínico, conoce su derecho a protestar y lo ejerce. Sin embargo, en pocos casos da el paso siguiente: no denuncia, no exige, no pacta.

Los problemas reales se avistan sin dificultades: sueldos bajos, precios elevados de vivienda, falta de reconocimiento, dificultades de emancipación, diferencia entre las expectativas creadas y la realidad, una educación que ha infravalorado la capacidad de frustración y ha potenciado el conocimiento académico, baja educación emocional, crisis de valores familiares y emocionales. A eso se le une una sociedad tecnológica y cambiante, que toma al ciudadano como un consumidor y valora sobre todas las cosas la sexualidad y la juventud.

Todo eso lleva a la necesidad de evasión constante, a un alto número de enfermedades mentales (en primer lugar la depresión), adicciones, y a una falsa seguridad basada en la obtención de valores materiales. Al *mileurista* se le ha enseñado a desear una cosa y su contraria: no se maneja bien entre las contradicciones, porque no las percibe como tales, o no es capaz de reaccionar frente a ellas.

Uno de los rasgos que definen al *mileurista* es su vinculación a lo urbano. El *mileurista* padece los sueldos y los precios de las ciudades, organiza su vida, su trabajo y su ocio en torno a las exigencias de las mismas. En ese sentido, continúa la tendencia del éxodo rural de las generaciones anteriores. Sin embargo, muchos de ellos, concentrados en grandes ciudades, no nacieron allí: han acudido a ellas cuando iniciaban los estudios superiores, o en busca de trabajo.

El *mileurista* procede, en un alto porcentaje de casos, de ciudades de provincias o pueblos industrializados; en muchas ocasiones, sólo una generación o dos lo separa del ámbito rural, al que han regresado durante las vacaciones de infancia: frente a quienes veraneaban en el saturado Levante español (Torrevieja, Torremolinos, Benidorm eran referencias casi míticas) estaban los que pasaban los meses de verano en el «pueblo».

A menudo participaban o eran testigos de rituales como la matanza, o la vendimia, o la cosecha. La matanza del cerdo, o de otros animales (terneros, conejos, pollitos de colores comprados en mercados que aparecían después como muslos y pechugas en su plato) han hecho que muchos de ellos desapruében la crueldad con los animales, o se hayan decantado directamente por el vegetarianismo.

Escasos *mileuristas* regresan a los pueblos, ni siquiera para pasar las vacaciones (los lazos familiares se pierden o debilitan) o lo hacen durante periodos breves de tiempo. Tampoco acuden a las segundas residencias de playa, que a veces han heredado o están a punto de hacerlo: esos centros de veraneo de costa han envejecido mal, y son percibidos ahora como invasivos y con un alto impacto ecológico. Si el *mileurista* puede elegir, viajará al extranjero, o recorrerá zonas nacionales que no conoce, por su cuenta o siguiendo alojamientos rurales que otros sí se atrevieron a establecer. O buscará costas aún vírgenes, sin apartamentos, sin familias con niños, sin bicicletas ni pandillas.

El *mileurista*, testigo, y pocas veces con un papel principal en la sociedad en la que ha vivido, se caracteriza por la nostalgia emocional, y no histórica: no echa de

menos hitos, como lo hacen las generaciones anteriores, sino momentos pequeños, marcas generacionales que parten de hechos compartidos en soledad. Frente a las fechas clave, hay una vinculación basada en experiencias personales, pero comunes, que parten de la televisión, de la publicidad, de los objetos que consumían. Dan por generales experiencias privadas, cotidianas, poco estruendosas, y las valoran más que lo objetivo. Sólo dos atentados terroristas de extraordinaria magnitud se han insertado en esa tradición.

El *mileurista* observa, mira, ve. Palpa, saborea. Lo personal, lo subjetivo, cobra una importancia excepcional. No vive, no aparece, no figura. Salvo contadas excepciones, generaliza lo particular.

Ha recibido decenas de años de educación. La Ley General de Educación, (LGE, o Ley Villar Palasí), implantó la Enseñanza General Básica en 1970. La mayor parte de los *mileuristas* estudiaron bajo este sistema educativo, que imperó hasta 1989. A los 14 años se obtenía el Graduado Escolar, y el alumno podía elegir entre continuar o no su formación.

Si el niño deseaba aprender un oficio técnico, se le derivaba a Formación Profesional (FP); para ello no hacía falta el Graduado Escolar. Si tras los dos años de FP deseaba continuar estudiando, podría hacerlo con la FP2, la Formación Profesional de Segundo Grado. El alumno terminaba sus estudios con 18 años. La FP era una formación práctica, que muchos padres (y alumnos) despreciaban porque no exigía capacidades intelectuales abstractas; frente a la mitificación de los estudios universitarios, se consideraba, erróneamente, como un premio de consolación, casi como la formación de un obrero especializado.

Si lo que deseaba era la universidad, el niño debía cursar el Bachillerato Unificado y Polivalente (BUP) en un Instituto, durante tres años. Al BUP le seguía un Curso de Orientación Universitaria (COU), que tras una prueba de Acceso a la Universidad (Prueba de Selectividad) les permitiría elegir una carrera. Ésa era, al menos, la teoría.

Con la llegada al poder en 1982 del PSOE, se implantó la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE), en octubre de 1989. La LOGSE ampliaba la edad de enseñanza obligatoria, y los alumnos sin interés por los estudios compartían aula hasta los 16 años, ampliado a los 18 años, si repetían, con los que aspiraban a la enseñanza superior. Los profesores se quejaban de la falta de motivación de los alumnos, que sabían que pasarían de curso igualmente, y de los conflictos que se creaban: muchos de los alumnos menos dotados se sentían frustrados de tal manera que creaban conflictos, agresiones y peleas.

La mayoría de los *mileuristas*, por lo tanto, cursaron la EGB con la certeza de que su sistema educativo se transformaría en otro casi de inmediato: un nuevo método menos exigente, y con mayores facilidades de aprendizaje que el suyo. Fueron testigos de que la temida Selectividad escondía los dientes con sus hermanos pequeños, y

sospecharon que la universidad rebajaría sus expectativas para aceptarlos, mientras ellos no gozaban de esos privilegios. Pero, por otro lado, fueron acusados de unos conocimientos magros, más prácticos y menos memorísticos comparados con el sistema anterior, de una cultura general pobre y de un aprovechamiento menor. El consuelo de tontos era que, al menos, habían resultado beneficiados con una enseñanza de mejor calidad.

Los castigos en las clases se reducían, por lo general, a verse apartado del grupo, escribir líneas o un aumento de deberes. Algunos profesores propinaban cachetes o tirones de pelo; un exceso de violencia se hubiera detectado ya como sospechoso. También los padres habían reducido el castigo físico, salvo lamentables excepciones, a un zapatillazo o un azote en el trasero. Los padres cuestionaban poco a los profesores, y los niños no esperaban que, en un conflicto, aquéllos se enfrentaran a éstos. La autoridad se desprendía de los mayores, y regresaba a ellos.

Pronto, los mínimos de la enseñanza se elevaron. Los padres captaron enseguida que entre un grupo de alumnos con la EGB aprobada, la competencia sería grande. La gratuidad de la enseñanza, pese al coste de libros o ropa, permitía que destinaran dinero para que los niños se formaran en otros campos: así llegaron las actividades extraescolares, principalmente el estudio del inglés y de informática. Si se quería que los niños llegaran a la universidad, tenían que ser los mejor preparados de la clase.

La mayor parte de los padres se habían educado en la idea de que el estudio significaba un privilegio, y por lo tanto, no se valoraba el esfuerzo mental que precisaba: muchos niños asistían a las clases sin haber desayunado de manera adecuada, o sin tentempié de media mañana. La idea del stress o la depresión infantil resultaba tan ajena que ni se contemplaba: por lo general, se temía más que el niño estuviera desocupado que la saturación de su tiempo. Con tantos juguetes nuevos (el Scalextric, los Clicks, el Simón, el Tente, el Gusiluz, la Nancy, el Nenuco), se daba por hecho que la necesidad de juego de los pequeños estaba cubierta. En un intento por formar lo mejor posible a sus hijos, y como modo de mantenerlos ocupados cuando los dos en la pareja trabajaban, los padres intentaban tocar todos los registros: idiomas, deporte, música, teatro...

Se consideraba que el inglés, que había suplantado al francés como segunda lengua, *abriría muchas puertas*. En las Comunidades en las que existía otra lengua oficial, el aprendizaje de ésta se equiparó al inglés: pocos españoles hablaban más de un idioma, y los años del franquismo habían desprestigiado las lenguas regionales. Era el momento de reivindicarlas. Métodos de gallego, catalán o euskera se combinaban con la pedagogía más avanzada para el inglés o el alemán.

Por desgracia, la carencia nacional crónica de oído o disposición para el inglés no se remedió con ello, y toda una serie de academias de idiomas aparecieron para solucionarlo: Wall Street Institute, Opening, Brighton, abrieron franquiciados en numerosas ciudades (se basaban en el autoestudio, y los resultados fueron, en general,



mediocres; aún así, tardaron hasta entrado el siglo XXI en cerrar). Los padres que podían enviaban a sus hijos a estudiar durante un año al extranjero, o al menos, un verano a Dublín, por cuyas calles se escuchaba más voces españolas que sajonas.

La informática se convirtió en la otra obsesión: en un mundo que adivinaba la importancia de la programación se esperaba que todos los niños aprendieran a usar el ordenador lo antes posible. Los ordenadores, caros, aparatosos, y con pantallas en verde y negro, estaban muy lejos de convertirse en electrodomésticos. Los colegios poseían un par de ellos, en el mejor de los casos, con los que los alumnos practicaban por turnos. Con disquetera, por supuesto, MS DOS y la severa afirmación de que no eran para jugar: las prestaciones no diferían demasiado de una máquina de escribir eléctrica. Olivetti, Spectrum, Amstrad... Duraban años, en plural, cuatro, cinco, ocho...

Aparte de eso, los niños gastaban sus horas libres en kárate (eran los años de Kárate Kid, Pat Morita y *dal ceta, pulil ceta*; miles de varoncitos se dieron de baja cuando descubrieron que el objetivo de las artes marciales no era repartir leña), baloncesto, y sobre todo, el fútbol; en los años de la Quinta del Buitre, y el imperio aún sin drogas de Maradona no parecía existir otro deporte. Las niñas acudían a ballet, a solfeo y gimnasia rítmica. Luego llegaba piano, acordeón, violín. Los chicos se resistían al solfeo, pero a veces se les lograba convencer ante la perspectiva adolescente de ser el rey del baile con una guitarra. El tenis y el esquí estaban considerados aún como deportes elitistas.

Los padres parecían competir en un programa delirante de actividades formativas que no permitía que el niño jugara, o dedicara tiempo a nada que no fuera provechoso. Aparte de las actividades extraescolares estaba la catequesis, imprescindible antes de la Primera Comunión, y que algunas familias creyentes prolongaban varios años más. Todo, cualquiera cosa, antes que pasarse las horas muertas frente a la televisión, o que rondaran sin rumbo por la calle; el enemigo interior, el enemigo exterior.

La reforma de la LOGSE amenazaba con capturar a cualquier alumno que se rezagara durante el BUP: para muchos de los *mileuristas*, los años en el Instituto no eran sino un largo compás de espera hasta la universidad, porque no se concebía que pudiera existir otra opción, como el salto a FP (un fracaso), el abandono escolar (otro fracaso), o el año sabático (inconcebible).

El COU se preocupaba menos por la formación real de alumnos que afrontaran la carrera con seriedad como porque superaran la prueba de Selectividad: una nota alta facilitaba que el alumno pudiera elegir la carrera deseada, algo que según pasaban los años no se garantizaba en absoluto. Las carreras que gozaban históricamente de una mayor demanda y las universidades más prestigiosas se encontraron a finales de los ochenta y en los noventa con que la superpoblación de Primaria y Secundaria tomaba también sus aulas: por lo tanto, impusieron una nota de corte, que se comparaba con la que los alumnos obtenían con la media de COU y la nota de Selectividad. Si no la alcanzaban, debían repetir la Selectividad, o renunciar a la carrera elegida.

La Selectividad, por lo tanto, era una prueba temida, decisiva, larga, con exámenes que evaluaban los conocimientos de los alumnos y también su madurez para el análisis y los comentarios. Muchos institutos, especialmente los privados, basaban su reputación en el porcentaje de aprobados de la Selectividad; de no superar todas las asignaturas del COU, no se les permitía presentarse.

Todo lo que rodeaba a los *mileuristas* daba por hecho que estaban donde debían estar: en el instituto. Las otras posibilidades, o no se contemplaban, o no se presentaban como deseables. Se daba por hecho también dónde estarían durante los años siguientes: les esperaba la universidad.

La universidad de finales de los años ochenta y principios de los noventa no se parecía en nada a la que una minoría de *BabyBoomers* había pisado en los sesenta. Para comenzar, se dio un salto cuantitativo: uno de cada veinte *BabyBoomers* recibió educación universitaria. Uno de cada cuatro jóvenes de la generación posterior ha pasado por la universidad.

Se había experimentado un avance tecnológico extraordinario, que amenazaba con superar todas las expectativas: la demanda de las industrias y los nuevos campos de trabajo exigía la creación de nuevas titulaciones, se perseguía que la universidad contara con una base homogénea y con unos programas que estabilizaran y unificaran la enseñanza. Se pedía que la universidad fuera práctica, efectiva, y que satisficiera las necesidades de empresas e industrias. Y se necesitaba que se fundaran más.

Este crecimiento desmesurado no fue uniforme: las universidades nuevas, tras un despliegue lento, porque en el ánimo pesaba más la idea del prestigio de la titulación por una universidad determinada que la comodidad, superaron esa barrera y experimentaron un rápido crecimiento. El incremento de alumnos de las universidades antiguas se vio constante pero moderado, salvo que incorporaran una asignatura estrella y atractiva.

La tan soñada universidad no parecía en la realidad tan idílica como la habían pintado, y carecía del aura de cambio, actividad política y bastión de libertades que la leyenda sesentayochista transmitía. Como ocurre con toda ficción soñada, la decepción para muchos fue enorme: algunos abandonaron los estudios, o cambiaron de carrera. Otros se resignaron a pagar un peaje para conseguir su licenciatura, aún a costa de su conciencia, que les gritaba que no recibían la formación adecuada.

A diferencia de lo que ocurría en el resto de Europa, muchos *mileuristas* no abandonaron sus hogares mientras estudiaban en la universidad: la apertura de centros cercanos les permitía ahorrarse un piso o una residencia, y la mayoría de los padres, protectores, no veían con buenos ojos que los jóvenes trabajaran mientras estudiaban: *O estudia, o trabaja, las dos cosas bien no se pueden hacer*; en el imaginario teórico de los *BabyBoomers*, en el reino taifa de la universidad legendaria, existían muy pocas carreras: Derecho, Medicina, Economía, Empresariales, Ingeniería, Arquitectura, Periodismo. Quizás después, rezagadas, venían Filosofía y Letras, Be-

llas Artes, Magisterio, casi siempre asociadas a lo que sería recomendable que las niñas estudiaran. El mito del hijo o el nieto abogado se encontraba tan arraigado, y tan entremezclado con las múltiples *salidas* de Derecho, que en 1990 uno de cada cuatro universitarios de ciclo cursaba esa carrera.

De pronto, los sorprendidos padres se encontraban con que sus hijos estudiaban Relaciones Laborales, Ingeniería Informática, Fisioterapia, Nutrición o Ciencia y Tecnología de los alimentos. Las nuevas carreras, más especializadas y con un profesorado por lo general joven, gozaban de clases menos masificadas y de tecnología específica, frente a la formación general de las tradicionales.

No todos los licenciados universitarios podían costearse un MBA, ni tampoco todos lo necesitaban. Sin embargo, en pocos casos lograban encontrar un trabajo al término de los estudios. Un buen número de ellos optó por iniciar una tercera corriente migratoria: Inglaterra, sobre todo Londres, les ofrecía la oportunidad de por fin un cierto dominio del preciado inglés, y de al mismo tiempo mantenerse por sí mismos con trabajos poco cualificados que no les apetecía, o no podían permitirse, por currículum, desempeñar en España.

Comenzaba entonces un fenómeno curioso: el *mileurista* aceptaba de más o menos buen grado su condición de inmigrante en Inglaterra, y como tal buscaba (y encontraba) trabajos poco cualificados que se reservaban a extranjeros. Durante cierto periodo de tiempo, casi nunca inferior a un año, trabajaba como camarero, limpiador, vigilante, *au-pair*, o como dependiente de una cadena de comida rápida. Conseguía un sueldo que le permitía pagar el alquiler, comer y algún capricho, pero en raras ocasiones ahorrar o invertir.

El nuevo emigrante *mileurista* no buscaba quedarse, ni hacerse rico, ni colaborar con la economía familiar: el dinero, obviamente, le importaba menos que la experiencia, y que desenvolverse. El capital con el que regresaba resultaba intangible: un conocimiento lingüístico mayor, una independencia que en ocasiones no había disfrutado al permanecer en el hogar familiar durante los estudios universitarios, viajes... una riqueza que encajaba perfectamente con el concepto de prosperidad *mileurista*.

Después de la experiencia extranjera, para muchos comenzaba la búsqueda real de trabajo: casi ninguno de ellos estaba dispuesto a continuar realizando en su país, con su titulación, idiomas y pasado, el mismo trabajo que en Inglaterra. Eso quedaba, a su vez, para los inmigrantes que acudían a España año tras año, y que copaban los puestos no especializados.

El mercado se mostró incapaz para absorber un número tan alto de universitarios, y reaccionó elevando las exigencias de currículum, con una mayor precariedad laboral y sobre todo, con unas condiciones de trabajo que sólo un número de parados de alta cualificación explicaba. Por primera vez en la historia, ingenieros, doctores, abogados, encontraban dificultades no sólo para enriquecerse, sino sencillamente para que se les ofreciera trabajo.

Las Empresas de Trabajo Temporal (ETT) surgieron alrededor de 1994 para poner en contacto a trabajadores disponibles con empresas que los demandaban con carácter temporal, o Empresas Usuarias (EU). Por lo tanto, era una relación a tres bandas: la de la ETT con el trabajador, la de la ETT y la Empresa Usuaria, y la de la EU y el trabajador.

Las ventajas de las ETTs radicaban en que su conocimiento del mercado ahorra tiempo a la EU en la selección; y para el trabajador suponía una constante actualización, y la posibilidad de que alguien manejara y difundiera sus currículos. Frente al inmovilismo del INEM, parecían mucho más dinámicas. Un estudio, encargado por las empresas del sector, dejaba fuera dos de los problemas que las ETTs habían contribuido a aumentar: la temporalidad del trabajo, y los bajos precios del salario. Las ETTs habían rebajado muchos mínimos, y habían popularizado un término que se convirtió en la pesadilla de los *mileuristas* que se incorporaban al mercado laboral: el contrato basura.

El problema laboral de los *mileuristas* no era encontrar un trabajo, sino que éste fuera adecuado, o que pudieran retenerlo el tiempo suficiente como para demostrar su valía, y asegurarlo. Los contratos iniciales, y el sueldo aparejado, resultaban tan bajos que como segunda preocupación, por detrás de no encontrarse de nuevo en la calle, se intentaba conseguir un puesto mejor con un aumento de sueldo.

Las empresas se encontraban en pocos años con una gran variedad de licenciados para elegir, y por lo tanto, con la posibilidad de contratar el mejor preparado de ellos. Sin embargo, no parecían en absoluto satisfechas con lo que se les ofrecía.

Para empezar, todos los candidatos compartían cualidades muy similares: habían obedecido a la obsesión por la informática y los idiomas, poseían una licenciatura. Se procedía entonces a pruebas de selección, que en ocasiones determinaban cuánto de verdad había en el currículo, el nivel real de idiomas, o su capacidad para las dinámicas de grupo.

Pero ante la sorpresa de los padres, que creían que la Universidad elegida, y el expediente, y los títulos de postgrado, puntuarían ante los competidores, las empresas parecían valorar de pronto una cualidad con la que nadie contaba: la experiencia.

Imposible que un joven recién licenciado poseyera experiencia, o que ésta se acreditara a través de varios contratos brevísimos, o del trabajo sumergido. ¿Por qué entonces pedían experiencia?

Las empresas se quejaban de varias carencias *mileuristas*; el primer pecado era la falta de humildad. Los jóvenes llegaban de la universidad, al parecer, con la convicción de que ocuparían un puesto directivo, o al menos, acorde a su licenciatura: eso no era así por antigüedad, y también porque era necesario formarlos en la organización de la empresa. Sus expectativas erróneas hacían que en ocasiones abandonaran el puesto, porque no se correspondía con lo que esperaban.

Además, les faltaba capacidad de decisión: muchos de ellos procedían de un entorno familiar sobreprotegido. Eran respetuosos con las pautas educativas, y les costaba improvisar. A las empresas no les acababan de convencer los *mileuristas*; los *mileuristas*, por otra parte, respondían que tras cinco años de estudio, resultaba difícil asumir que faltaban aún más años para conseguir un puesto digno.

Quizás eso explique el porcentaje de abandono del trabajo, principalmente entre licenciados en carreras más teóricas. Así como los técnicos se ubicaban con cierta rapidez, para los otros aún faltaban años de lento ascenso.

La situación se complicaba si la *mileurista* era una mujer; por más que la Constitución garantizara igualdad de sexos, las mujeres se enfrentaban en el mundo laboral a tres trabas principales: una de ellas era el llamado *techo de cristal*, una barrera invisible que les impedía continuar ascendiendo pasado determinado punto. No existían leyes que limitaran ese ascenso, pero sí otros condicionantes mucho más complicados de detectar.

Antes de ni siquiera aspirar a la promoción dentro de la empresa, un porcentaje elevado de *mileuristas* pasaron por el estadio de *becario*. Las becas de empresa permitían que el *mileurista* obtuviera la ansiada experiencia práctica que las empresas demandaban, y se veía como una oportunidad para ser valorado ante el mercado laboral: conseguían un poco de dinero, y además, salían al mundo real. Conocerían de primera mano su trabajo, sus futuras empresas y su funcionamiento.

El optimismo con el que muchos *mileuristas* acogieron estas becas de empresa duró poco: como en los contratos temporales, en la aplicación práctica de las becas se llevaron a cabo muchas irregularidades: algunas empresas no respetaban la media jornada, y obligaban a los becarios, con la excusa de entregar proyectos, o de completar un encargo, a aumentar las horas de trabajo hasta casi una jornada completa. A menudo, durante la temporada de verano, los becarios sustituían a parte de la plantilla habitual. Del becario se esperaba que rindiera como un trabajador, pero al mismo tiempo, no se le asignaba ni la responsabilidad ni el puesto equivalente, y por supuesto, no se encontraba en la misma posición que un trabajador.

La queja *mileurista* más frecuente fue la inadecuación de la beca a lo que se les enseñaba: se popularizó la imagen del becario como el encargado de los cafés, o de las fotocopias, y también la del empleado que se escaqueaba y delegaba en el becario la responsabilidad de cumplir con su trabajo.

Los becarios de investigación en la universidad no se encontraban en una situación muchos mejor. Por lo general, las becas de investigación se otorgaban a estudiantes brillantes, en ocasiones formados en el extranjero, o habían disfrutado de una primera beca allí: y allí regresaban de nuevo, ante la imposibilidad de encontrar un puesto en la universidad española. Los primeros años de la beca les abrían oportunidades excepcionales para el aprendizaje, y para participar en proyectos distintos; pero cuando la situación se alargaba en el tiempo, muchos de ellos acababan siendo

documentalistas en la sombra, como trabajadores para los investigadores más conocidos y de mayor edad, o sencillamente, como mano de obra especializada para Institutos Técnicos y Universidades.

Cuando de verdad se trataba de encontrar un empleo, ¿era tan difícil conseguirlo? Los licenciados, ¿de verdad no gozaban de mayores ventajas? Si desde niños habían escuchado loas a los estudios, se les animaba a estudiar, y se les comparaba favorablemente con parientes y amiguitos que no lo hacían ¿podía estar todo el mundo equivocado?

Los datos resultaban curiosos; personas con la ESO completada, y otras sin estudios eran demandadas para desempeñar tareas por el mismo precio. Y se buscaba un número mayor de trabajadores que hubieran estudiado, lo que parecía lógico, ya que ofrecían una mayor preparación por el mismo precio.

Sin embargo, algunas de las voces que se alzaron merecían ser escuchadas: eran las de aquellos jóvenes que habían crecido con el sanbenito de no aplicarse en los estudios, o de ser poco menos que tontos, los que decidieron abandonar las aulas antes de llegar a la Selectividad, o incluso al Graduado Escolar.

Estos jóvenes se habían buscado la vida como aprendices, habían estudiado oficios técnicos, y habían comenzado a trabajar, y también a cotizar, por media, diez años antes que los estudiantes. Habían padecido las mismas crisis económicas, e idénticas manipulaciones de empleos y contratos. Vivieron los mismos hitos, pero se encontraban en otra parte: cuando rondaban la treintena habían montado sus propios talleres, empresas, o trabajaban con una estabilidad mucho mayor que la de los licenciados. Ganaban un sueldo sensiblemente mayor a sus compañeros estudiosos, porque muchos de ellos cobraban por trabajo realizado, y no un sueldo fijo, y además, algunos (obreros de la construcción, artesanos, asistencia doméstica) percibían cantidades sustanciosas en dinero negro.

Eran los *fontaneros* los que acusaban ahora a los *mileuristas* de esperar un sueldo acorde con lo que habían estudiado en lugar de por el trabajo que realizaban. La sobresaturación de abogados hizo que un buen mecánico fuera más apreciado y se le pagara más. Los oficios, de pronto, gozaban de una sorprendente buena reputación.

Y esos mismos trabajadores desvelaban que los *mileuristas* no cambiaban su situación porque, en realidad, era cómoda: mientras se quejaban, vivían en casa de los padres, no se les exigía grandes cambios, se anesthesiaban con la televisión, la tecnología, el ocio, y podían gastar los mil euros que ganaban al mes en ocio.

Sólo en algo se ponían de acuerdo los que habían superado el COU y los que habían cursado FP; los que de verdad sabían vivir eran los funcionarios.

Los *mileuristas* iban a encontrarse con una nueva competencia: los inmigrantes. Y por desgracia para los *mileuristas*, ni siquiera son ya necesarios en los puestos de baja cualificación: los inmigrantes, que forman unidades familiares mucho menores, con una conciencia de derechos mucho menor, y dispuestos a vender su mano de

obra más barata, los han sustituido. A ellos, y a muchas mujeres españoles, también poco cualificadas, que de pronto resultaban caras.

La obsesión de los jóvenes españoles, decía el Injuve, era comprarse una casa: también fue la de sus padres, que vivieron la primera expansión inmobiliaria durante el optimismo económico de los sesenta: la población había aumentado, emigraba a las ciudades y la renta media de las familias se elevaba. Esa tendencia continuó en los setenta, se estancó algo en los ochenta y ha vivido un segundo esplendor del ladrillo a partir de los años noventa.

No se puede desechar la importancia que el ejemplo o el consejo paterno ha tenido para esta generación sobreprotegida, y que en pocos casos se enfrentaba a una decisión o una inversión grande. Los padres, por inercia, recomendaban la compra de un inmueble. Los hijos absorbieron esa idea fija, sin plantearla y sin matizarla, dando por hecho que las condiciones de vivienda y los plazos para conseguirla serían comparables a las de los padres.

El Gobierno propuso a lo largo de los años distintas medidas para facilitar el acceso de los jóvenes a un hogar: bien a través de viviendas protegidas usadas o nuevas; esos planes intentaban proteger a los jóvenes menores de treinta y cinco años, en circunstancias más desfavorecidas. Ninguno de esos planes logró frenar el ascenso de los precios; su efecto en el total de la población joven ha sido insignificante. Frente a las tímidas medidas estatales, la realidad urbanística del país se impuso: para los *mileuristas* la compra de una vivienda no sólo era un sueño. Se estaba convirtiendo en una pesadilla.

En 2005 la Ministra Trujillo, que se encargaba del Ministerio de Vivienda, afrontó una modificación de la vivienda de Protección Oficial (VPO), dentro del programa del Gobierno para solucionar el problema actual. La decisión que tomó fue la de construir viviendas más pequeñas, de unos 25 ó 30m<sup>2</sup>, con techos altos, zonas comunes y que se adaptaran a los ciclos vitales de las familias. La Ministra dijo tomar como referencia la política de los países nórdicos, y afirmó que *una persona joven podía necesitar sólo un apartamento de 30m<sup>2</sup>*.

Lo sorprendente de la reacción de los *mileuristas* fue el desprecio con el que acogieron la propuesta, que evidenciaba que continuaban anclados en el modelo tradicional, *Babyboomer*, de vivienda. Así como en otros sectores habían aceptado su diferencia, e incluso la habían reivindicado, la vivienda aparecía como un bastión inamovible. La realidad era que las familias que precisaban, por miembros y por estilo de vida, una gran vivienda pertenecía al pasado: no eran las que ellos iban a crear, y que existía una demanda real de viviendas individuales, que podría rondar los metros propuestos por la ministra.

De hecho, muchos *mileuristas* vivían ya, o habían vivido, en un apartamento de dimensiones parecidas, y no parecían quejarse. Siempre que las condiciones fue-

ran razonables, y los pisos se ocuparan cuando la unidad familiar era de una o dos personas, ¿qué problema había?

No se replanteó algo esencial como hubieran sido las formas alternativas de vivir en la ciudad, desde la rehabilitación de locales comerciales o casas viejas, a la ocupación, o a los alquileres rotacionales. Quizás se hubiera podido crear una bolsa de alquileres para recién llegados a la ciudad, o para que las parejas recién divorciadas no regresaran al hogar paterno, o... Se perdió la oportunidad de proponer algo a cambio, y de mejorar la propuesta de la ministra.

Frente a la brutal especulación, que elevaba el precio de los pisos alrededor de un 17% de año en año, y un salario congelado y sin demasiadas posibilidades de aumento, la única opción para independizarse pasaba por cambiar de compañeros de piso: los padres y los hermanos se sustituían por los amigos, y el cuarto, en ocasiones compartido, del hogar paterno, se transformaba en una habitación propia.

Los compañeros de piso se hacían imprescindibles en las ciudades grandes, en las que los alquileres no parecían tocar techo. Un alquiler no indicaba que la cantidad mensual por vivienda fuera menor; al contrario, si se afrontaba en solitario, superaba con facilidad una hipoteca.

Puede, por otro lado, que sientan menos la soledad, o que sus condiciones históricas les motiven más para lograr la independencia. El perfil típico del *mileurista* asentado en casa (o *jesucristo*) ronda la treintena, posee un trabajo medio, una licenciatura, y es varón. Éstos aguardan a constituir una pareja o un grupo de amigos para abandonar el hogar. También, en última instancia, regresan al domicilio paterno si la pareja se rompe. Lógico: la casa no suele ser suya.

El 63% de los jóvenes menores de 34 años viven aún en casa de sus padres; y sin embargo, cuando se analizaba con atención algunos de estos casos, un caso se repetía una y otra vez: existía un porcentaje de *mileuristas* que elegían vivir en el domicilio familiar como una estrategia de ahorro: los gastos de alquiler y mantenimiento que les financiaban los padres les permitían que, en un futuro, con o sin pareja, ahorraran un pequeño capital para aliviar la hipoteca.

Otros están pagando piso, a medias con su pareja, pero por convicciones religiosas no viven en él antes de la boda, o sólo lo ocupan los fines de semana, como una etapa de transición entre la casa paterna y la convivencia. Esos *mileuristas* suelen ser acusados de cómodos, y de negarse a abandonar a sus padres hasta que no hayan conseguido en la casa nueva todas las comodidades de las que disfrutaban, en parte financiadas por los regalos de boda. Bien mirado, ¿por qué debían renunciar a ellas?

Con más cinismo que humor, los *mileuristas* han elaborado tres estrategias gorronas que les facilitan la vida:

- *La estrategia de la garrapata*: se trata de vivir en la casa de los padres hasta que se jubilen y decidan marcharse a vivir a la segunda residencia. El piso de la ciudad quedaría en uso y disfrute del *mileurista*.



- *La estrategia del robinson*: el *mileurista* hace las maletas y se marcha él mismo a vivir a la segunda residencia de los padres.
- *La estrategia del Alzheimer*: el *mileurista* se ofrece a vivir con los abuelos, que generalmente poseen un piso en el centro, y permanece allí hasta que mueren. O por herencia, o por tozudez, se queda con el piso.

Hay menos broma de lo que parece: de hecho, a veces parece que no estén de broma en absoluto.

Cada vez es más frecuente que se soliciten hipotecas a 40 años, cuando lo normal solía ser a treinta. Eso supone que el joven será un venerable anciano de setenta años cuando se cumplan todos los plazos; o que habrá entrado en la rueda especulativa, y que otro joven estará pagando por ese piso, mientras que el anciano *mileurista* disfruta de otra vivienda. Esas hipotecas pueden incluir un periodo inicial de carencia, en la que sólo se pagan intereses y no préstamo, o carecer de comisión de apertura (es el caso de los bancos *on-line*, por ejemplo)

Mientras tanto, otros productos bancarios prometen facilitar la vida a los *mileuristas*: hipotecas a 50 años, o incluso hipotecas heredables intentan que disminuya el miedo a la inversión inmobiliaria.

Para un consumidor tradicional, con mil euros al mes como soporte para un único individuo, urbanita, independizado, con una deuda de vivienda o un alquiler, mil euros no permitirían viajar (y aparte de poseer su propia casa, nada le gusta más a los *mileuristas* que no estar en ella), ni compras de ropa, ni veladas en restaurantes, ni renovación de tecnología, ni aportes a causas solidarias, ni amueblar la casa, ni...

Pero los *mileuristas* se las arreglan. Y de hecho, viajan con relativa frecuencia, aunque eso les suponga hacerlo con líneas de bajo coste, hospedarse con amigos, o contratar los vuelos con meses de antelación. Se han especializado en detectar ofertas, que les permiten llegar a Londres por 12 €, o a Nueva York por 60 €. Lo mismo ocurre con algunos restaurantes, o con las cenas en los buffets libres.

Quizás ahí radique parte de la tan traída y llevada pasividad de los *mileuristas*: les importa menos el dinero que las posibilidades, y a la hora de la verdad, no renuncian a casi nada; la frase *buscarse la vida* se ha convertido en lema, y en una mentalidad extendida. Todo está a su alcance, si saben buscarlo, y, pobres o no, consiguen lo que quieren, o una copia muy aproximada. Mientras llegue lo real, una copia cumple su función.

Sin embargo, una cuestión les presenta dificultades evidentes: los jóvenes *mileuristas* apenas logran ahorrar. Las prestaciones sociales básicas (salud, educación, incluso la superior) les fueron garantizadas, en un logro social extraordinario, y que debiéramos cuidar lo mejor posible. Por lo tanto, el único momento en el que realmente han sentido la necesidad de ahorrar ha sido para la vivienda. Una vivienda cara, que incrementa su precio de mes en mes, para la que no existen alternativas sociales, y que incluso con un salario más alto les resultaría imposible de costear.

La situación ha cambiado y la mentalidad también. Pero sobre todo, el modo de consumo es radicalmente distinto, y las expectativas sociales continúan teniendo el mismo peso. Por lo tanto, la moralina de la capacidad de esfuerzo y de ahorro perdidas quizás no obedezca a la realidad tanto como se piensa.

La compra de una vivienda se ha convertido para el *mileurista* en un sueño, pero también en una inversión rentable, y sobre todo, en un modo de ahorro. Desde las cuentas vivienda, que algunos de ellos abrieron cuando le vieron las orejas al lobo, los bancos han recorrido un camino muy largo, con intereses que equiparan una hipoteca a un alquiler. Si la burbuja inmobiliaria continúa, muchos de los jóvenes que exigían una vivienda digna se enriquecerán, precisamente, con la posterior venta de la vivienda que obtuvieron. Si no es así, no serán ellos los únicos en caer en la pobreza. Y posiblemente, las futuras pensiones no nos saquen de ella.

En la actualidad, las cotizaciones a la Seguridad Social privadas y de empresa han aumentado por encima del nivel de inflación, y tampoco ha disminuido la precariedad laboral, ni se han ofrecido nuevas ayudas para la familia (aparte de los 100 euros de ayuda por hijo para las madres trabajadoras, con niños muy pequeños, que no cubren los gastos reales del nuevo niño).

La inseguridad constante (económica, laboral, inmobiliaria) no permite que puedan forjarse ataduras mentales ni físicas a casi nada. Las casas de alquiler no motivan grandes arreglos ni inversiones, los trabajos temporales o sin garantía de continuidad no facilitan que el *mileurista* se involucre en un proyecto, o se vincule a la empresa como ocurriría en circunstancias más estables: parte del desprecio con el que se le ha tratado regresa a sus empleadores en forma de desapego.

Ni siquiera las relaciones humanas pueden establecerse con solidez en un marco semejante: la lealtad hacia compañeros, la solidaridad con los otros no tiene cabida cuando el otro aparece y desaparece de manera intermitente, y cuando a la persona se le deja perfectamente claro, de palabra y obra, que es sustituible. La idea del trabajador como un ser mecanizado y anónimo no resulta nueva, pero aquí se unifica también el trabajo y las ideas por las que se paga al *mileurista*. Ni él, ni su tarea, ni su ingenio o inteligencia les garantizan seguridad, respeto, empleo o promoción. Si no se le respeta, y ve que tampoco quienes están en la misma condición que él obtienen respeto, ¿cómo va a hacerlo él?

Una de las acusaciones, junto con la pasividad y la falta de sacrificio, que más escuchan los *mileuristas*, insiste en que no les interesa la política. Los *BabyBoomers* se muestran terriblemente preocupados por el futuro de la política y sus sucesores, que al parecer no hacen cola ante las sedes de los partidos.

La desconfianza hacia el estamento político ha aumentado en los últimos años, con independencia del partido en el poder. La corrupción del PSOE, la rigidez o la falta de claridad del PP, los escándalos en otros grupos, han provocado en los mayores

decepción, y en los jóvenes han reforzado su escepticismo. Pero el que no les interese el estamento actual no significa, ni mucho menos, que no les interese la política.

El discurso oficial de los *BabyBoomers* lamenta que se haya perdido en los jóvenes el espíritu del 68. Se equivocan. No se ha perdido en los *mileuristas*. Nunca lo tuvieron. Todo lo bueno se absorbió, se procesó y se aplicó a las nuevas circunstancias. Lo negativo fue juzgado, y posiblemente también interiorizado, pero fuera lo que fuera, cuando llegó a ellos, poco quedaba de la ideología inicial. El espíritu de los *mileuristas* se decidirá por ellos mismos, y quizás sea el que impulsó a los voluntarios de la limpieza del Prestige, o las movilizaciones tras el 11-M, o quién sabe cual. No podrá ser el del 68 porque no les corresponde, ni lo desean.

Quienes perdieron el espíritu del 68 fueron los *BabyBoomers*. Quizás, sobre todo en España, porque nunca prendió con base. O porque los estudiantes se convirtieron muy pronto en adultos con poder. Porque superaron ese estado inicial y consiguieron logros concretos. Por el deslumbramiento del dinero, o porque era un movimiento condenado a morir para que otros pudieran repetirlo. Con la misma perspectiva egocéntrica, esperan que las rebeliones jóvenes sean las mismas que ellos lucharon, y se proyecta la pérdida propia en la indiferencia ajena.

Los *mileuristas* están aburridos de las batallitas del 68. Saben en carne propia a qué condujeron. Lo único que faltaba era que, encima, se les culpara de ello, o se les obligara a repetirlo.

Cuando se asume que se pertenece a una generación perdedora, la tensión se diluye, desaparece la presión constante de alcanzar un ideal, o de superarlo. Ser un perdedor incentiva la ironía, fomenta la autocrítica y el sentido del humor; frente al entusiasmo de masas del triunfador, el perdedor, un ser solitario, vive aventuras rutinarias y cotidianas que acepta como parte de la vida, y atesora cada pequeño detalle como si fuera su única salvación. Al perdedor se le permiten manías, ambientes marginales, incluso momentos de gloria. Pero no se le exigen.

Muchos de los *mileuristas* que han aprovechado las mejores circunstancias de su condición de perdedores se han convertido en los nuevos héroes.

El *mileurista* valora la intimidad de una manera muy distinta a como hacían sus padres. En una sociedad tan homogénea como la suya, y en la que pocos tabúes, salvo el abuso a menores, continúan siendo lo que fueron, no hay necesidad de guardar demasiados secretos. El adjetivo *discreto*, que en un tiempo significó *juicioso*, y más tarde *modesto*, se aplica ahora a quien sabe guardar un secreto. En tiempo de apertura, no hay necesidad de confesiones, y cuando se producen, son públicas y contienen un componente claro de catarsis, de reivindicación.

El *mileurista* no se siente feliz por el dinero, no se siente cómodo con el poder y es demasiado joven para haber adquirido la seguridad suficiente para crear un modelo coherente de relación con el éxito. La mayor parte de aquéllos a los que les va bien se sienten culpables. Una generación marcada por el dinero y su ausencia no

puede enfrentarse de golpe a él con madurez y naturalidad. El aprendizaje resulta necesario, y quizás esa soltura se haya adquirido cuando la mayor parte de ellos sean *mileuristas* sólo en el recuerdo.

No hay una sola manera de ser *mileurista*, y eso garantiza que son muchas las posibilidades de minimizar los problemas e intensificar las partes más positivas. El peso de las etiquetas que han soportado durante años, y que siguen encasillando a los *mileuristas*, debe ser aliviado a través de una toma de conciencia clara de los conflictos, la ruptura de los tópicos y una actitud que desmienta la pasividad de esta generación.